



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43. 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

## TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



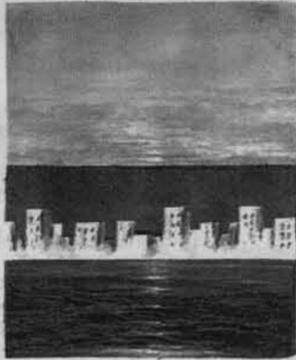
**I**  
**■ Ríos de tinta** sobre el tema vienen manando, y lo que te rondaré, morena.

Para bien o para mal (esperemos que para bien), una era, nuestra era, dice adiós para dejar paso a un mundo nuevo en el que un desbordamiento de inéditas etapas nos alcanza.

Temas que hasta ayer sólo tuvieron cabida en la literatura de fantasía y evasión van tomando cuerpo real. Se almacenan de este modo en la leonera, por inservibles, ideas que se creyeron verdades intocables y que se nos van quedando así como pochás y decrépitas, tocadas por esa triste palabra que es la vejez. Se desploman dogmas, se cancelan mitos y se agrietan torres que inabatables creíamos, mientras nuestras actrices predilectas, ayer bellísimas muchachas, comienzan a aceptar el papel de abuelas. ¡Ay, Amparo Rivelles, Amparito antes, qué páquina del Kempis empiezas a escribir cada tarde cuando, haciendo olvidar a la muchachita de *El clavo* o *La fe* del injustamente relegado Rafael Gil, se levanta el telón del teatro y en textos de Casona, magistralmente por tí vividos, arrancas nuestro aplauso!

La vida es así, nos dirá. De todos modos, el porvenir ha de mirarse sin excesivos temores, miedos desechando. ¿Recuerdan? Hiroshima —valga el ejemplo— constituyó durante algún tiempo, el símbolo de la destrucción de la humanidad. Sin embargo, en pie continuó ésta, mientras el átomo oficiaba su colaboración impagable no sólo a favor de la ciencia sino encendiendo a la vez la familiar cocina por dorar el pato a la naranja.

Creamos, pues, en la puesta en marcha de un mundo mejor en el que, eso sí, por muchos adelantos que a nuestras manos vengán, ni usted, respetable lector, ni por supuesto yo, figuraremos en la guía telefónica del próximo milenio, año 3000 por medio.



**II**  
**■ Cámbiese de tema**, y a otra cosa, mariposa. La calle, teatro de la vida. Al atardecer, se encienden sus faroles, digo sus candilejas.

**III**  
**■ Paisaje nuestro.** Entre el Mar Mediterráneo y el Mar Menor, La Manga, bisagra uniendo azules.

**IV**  
**■ Cazado al vuelo** de un prontuario de buenos consejos, no se asegura si apócrifo o caducado: Acéptese al chapucero espabilado antes que al lardo servicial pues, mientras el primero puede cambiar un día y sernos enteramente válido, el segundo jamás abandonará su carga de papanatismo e inutilidad.



**V**  
**■ Señorita tras consumir** sus vacaciones navideñas, cara a la llamada *cuesta de enero*, viéndolas venir.

**VI**  
**■ A veces, los pedestales** de las estatuas erigidas en honor y memoria de los grandes hombres o de los preclaros héroes, sostienen, mermando así un tanto las glorias del protagonista, alguna laguna o pifia, como aquella correspondiente al

caso, por tantos luego conocido, del que acabó confesando su interés en saber quién le había empujado hasta el bravo oleaje en el que, tragando agua, se debatía la víctima por él salvada al asirse ésta a su cuello.

**VII**  
**■ La caducidad de las cosas** humanas acabó con lo que hasta ayer tanto interés popular despertaba, una vez llegado el Año Nuevo: sus cuatro estaciones, cada una con su colorista suma de canciones, refranes, símbolos...



—¿Las cuatro estaciones, dice usted? Ah, sí, un tema pachanguero para un tal Vivaldi.

**VIII**  
**■ Quedó en el árbol**, vencido por el invierno, una última hoja. Aún enhiesta ésta en un recodo del desnudo ramaje, comenzó a brotar, apenas perceptible por el ojo humano, el primer botón verde del año, que permitió el árbol pavonearse al modo de los grandes almacenes: *Ya es primavera en mí.*

### El minicuento de urgencia

## Decir no a la pintura

Aficionado a la pintura acaso por la vecindad de uno de los museos más importantes del mundo, no faltaba mañana de domingo sin que el hombre dejara de llevar a su pequeña hija, a su mano asida, a visitar despaciosamente, golosamente, una parte de la excepcional pinacoteca, clave de muchos gozos estéticos de padre e hija, su recompensa de la semana, su Tabor dominical.

Fue así como el padre vino a encender en su pequeña los poderosos fuegos del amor a la pintura, a su total paladeo, en clave de juego iniciado, inmersa la niña tantas veces en la lúdica operación de «meterse» dentro del cuadro, de desleírse en sus luces, de naufragar a gusto en el mar de sus tonalidades, jugando de este modo a ser un día prima hermana de *La familia de Carlos IV*, de Goya, ángel en vuelo en los cielos tormentosos del Greco, en otras ocasiones; San Gabrielillo de muchas Anunciaciones otros días, incluso *maja* del nombrado Goya, la desnuda si el calor del verano arreciaba.

—Papá, ¿sabes lo que soñé anoche? Que, a tu mano cogida, caminaba por un paisaje de Patinir.

Otros sueños callaba la niña, transcurridos los años, camino de

su adolescencia, a saber por qué personales miramientos: la visita de Rubens solicitándola como modelo de uno de sus mantecosos desnudos, un tema más o menos amoroso e incluso el hartazgo, con retortijón incluido,

proporcionado por el exceso incontenido de aquellos manjares que componían un bodegón de Menéndez.

Un día, pasados los años, la leal confesión, al fin, ante la petición paterna:

—¿Quién, yo pintora? Nunca.

Precisamente su conocimiento de la pintura, visita tras visita al museo, su amor a los pinceles, la apartaban afortunadamente de la mediocridad.

—Antes monja, padre.

Gozar de la pintura, sí; continuar soñando frente al ajeno lienzo, sí; nunca pintora de segunda fila, a caballo entre la trampa y el quiero y no puedo, firma anodina frente al deslumbrante catálogo de su museo. Fue así cuando, una vez fallecido el padre, mitad en homenaje a su memoria, mitad a favor de su personal satisfacción, vino a aceptar aquel nombramiento que la iba a uncir gozosamente para siempre a la más hermosa pinacoteca nacional: limpiadora oficial del museo.

